
de la Compañía Argentina de Cemento Portland, con capitales de origen norteamericano.

El predominio de las inversiones extranjeras no era privativo de la industria del petróleo o de la construcción. En la década de 1920 ingresan al país 44 sociedades anónimas norteamericanas, con casi 450 millones de pesos invertidos en frigoríficos, automotores, electricidad y teléfonos, entre otras. Durante este período, los capitales norteamericanos imponen la modalidad de la “importación de industrias”. A diferencia de lo que sucedía con las británicas, la modalidad de las inversiones norteamericanas consistía en la instalación de subsidiarias en el país, que perseguían, por un lado, obtener menores jornales y mayores jornadas de trabajo en el más económico y menos regulado mercado de trabajo local, y, por el otro, generar una demanda sostenida de insumos industriales y tecnología para esas filiales locales de sus empresas.

Del período 1914-1930 data el desembarque en el país de muchas grandes firmas norteamericanas, que tienen hoy una historia centenaria en el mercado local, en especial en los rubros metalúrgico y de maquinarias (Otis Elevator, Remington Rand, International Harvester); automotor (Chrysler, General Motors); ar-



Embotellado de bebidas sin alcohol, julio de 1927.

tículos eléctricos (Standard Electric, General Electric, IBM, RCA Victor); artículos farmacéuticos (Parke Davis, Merck, Colgate Palmolive), y otros. Esta industria se alimentaba de un crecimiento explosivo de la demanda de bienes de consumo duradero a nivel mundial —durante esos años se hace masiva la demanda de heladeras, radios, automóviles, teléfonos, etc.— que tenía en la Argentina, y en especial en sus clases medias, el mercado consumidor más importante de América Latina.

Pero a pesar de que la industria en estos años logra una mayor diversificación entre bienes de consumo duraderos, productos químicos, electricidad y metales, el gran responsable del crecimiento del sector fue de nuevo la industria liviana. La industria, en efecto, creció sin cambiar su estructura ni, por cierto, los rasgos básicos de la economía argentina. Según la descripción de la estructura de la industria del Censo Industrial de 1935, el 37% correspondía en aquel año al rubro alimenticio (habiendo sido el 48% en 1914); el 15,6% al textil (18% en 1914); el 6,7% a maquinarias y vehículos y el 5,6% a la electricidad. También se refleja allí una creciente concentración: 1.228 establecimientos (entre ellos, frigoríficos, ingenios azucareros, curtiembres, usinas eléctricas), o el 3% del total, concentran el 51% del capital invertido (\$2.199 millones). Pero, con excepción del petróleo, la industria no generó mayores “eslabonamientos hacia atrás” (*backward linkages*), ya que la maquinaria que utilizaba, la mayor parte del combustible y las materias primas y casi toda la tecnología eran importadas. Como resultado, la industria siguió dependiendo fuertemente de esas importaciones —que aumentaron sostenidamente en el período—, con lo que el crecimiento del sector, lejos de ser autónomo o de tener la capacidad de convertirse en el motor de crecimiento de la economía, siguió dependiendo para poder sostenerse de las divisas que generaban las exportaciones.

El tema de la industria, su origen, desarrollo y condiciones propicias para su promoción desde el Estado, ha sido objeto de numerosos y acalorados debates —políticos, historiográficos— a lo largo de la historia de nuestro país. Uno de ellos es el que opuso a los grupos que defendían un desarrollo de la industria —fueran éstos nacionalistas, industrialistas, militares— con los que, por motivos ideológicos o económicos, se oponían a tal desarrollo, como los hombres de campo, los exportadores, los liberales y en general los intereses ligados al capital extranjero, en especial al británico. Estas

oposiciones, algo esquemáticas, fueron luego revisadas por la historiografía. Comenzó entonces a entenderse que el desarrollo de la industria no era necesariamente antagónico al desarrollo agropecuario y que la industria podía convivir con el “crecimiento hacia fuera” —incluso aquella no relacionada con la transformación de productos primarios para la exportación—, como lo demuestra el desarrollo de ciertas industrias livianas en pleno auge del modelo exportador. De la misma manera, estudios más recientes comenzaron a desarmar la idea de que existieron oposiciones tajantes entre estancieros e industriales, considerados como grupos homogéneos y antagónicos. Más aún, estos estudios probaron, convincentemente, que estancieros e industriales —lo mismo que importadores e industriales, supuestamente portadores de intereses opuestos— encarnaron muchas veces en la historia en una misma persona, con intereses empresariales múltiples y diversificados. Para los terratenientes, esta inversión en industria —o, más indirectamente, en sectores financieros detrás de la industria— significaba una instancia valiosa de diversificación de su capital, cuando no un interés complementario a su actividad (v.g., el procesamiento de materias primas agropecuarias), mientras que para los importadores, el desarrollo de una industrialización fuertemente basada en la importación de insumos, maquinarias y tecnología se traducía sencillamente en una ampliación de sus negocios.

El otro gran debate que implicó tanto a contemporáneos como a historiadores fue el del rol que le cupo al Estado en la promoción del desarrollo industrial y la lógica (económica y política) que estuvo detrás de las políticas públicas a lo largo de la historia argentina. Aquí, la versión más esquemática oponía esta vez, esencialmente, a gobiernos liberales con gobiernos nacionalistas. La forma de diferenciar a uno y otro pasaba por las políticas concretas que habían implementado durante sus gobiernos para favorecer al sector industrial, en particular, para el período estudiado, las de corte proteccionista (aranceles a la importación y manipulación del tipo de cambio) y las destinadas a incrementar la demanda interna (política monetaria y gasto público). En otras palabras, en la presencia o no de alguna de estas políticas se creía ver el sostenimiento de proyectos económicos alternativos al “crecimiento hacia fuera”.

Estudios más recientes, en cambio, coherentemente con la visión más reconciliada e integradora de los grupos detrás de la in-

industria y de otros intereses económicos, sugieren que, para el desarrollo de la industria que se dio en nuestro país, al menos hasta 1930, no fueron necesarios el diseño y la promoción de un proyecto económico alternativo. Más aún, las condiciones históricas —el estado de ideas en la Argentina y el mundo, la organización del mercado mundial, la estructura de clases del país— sencillamente no estaban dadas para implementar de forma seria un modelo industrial, como opuesto al modelo de crecimiento imperante. En tal sentido, las políticas económicas “proteccionistas” que sí se dieron fueron menos el resultado de la ejecución de tal proyecto que el producto de respuestas de las políticas a coyunturas económicas específicas, que no siempre persiguieron la promoción industrial.

Así, por ejemplo, la elevación de los aforos (el valor oficial que se daba a los productos de importación) en 1920 fue menos el resultado de una política proteccionista consciente, que la reacción del gobierno —por otro lado tardía e insuficiente en términos de protección— a las fuertes subas que habían tenido los precios de las importaciones durante la guerra. Distinto fue el caso de la elevación general de los aforos (del 60%) por ley de Alvear de 1923, tantas veces citada como una muestra clara del proteccionismo de ese gobierno radical. Esta medida fue de alguna manera el producto de la presión de la Unión Industrial Argentina y resultó mucho más efectiva en materia de protección a la industria nacional, en momentos de deflación de precios internacionales. Pero no es menos cierto que también existían intereses muy concretos para las finanzas públicas detrás de esa ley, ya que un retraso importante en los aforos significaba también una disminución importante en los niveles de recaudación. Y la recaudación fiscal de 1922, un año antes de la aplicación de la citada ley, si bien había mejorado sustancialmente respecto de los años de la guerra, estaba todavía muy rezagada comparada con el importante repunte que se había dado en el valor de las importaciones.

Por su parte, los avatares del tipo de cambio parecen haber sido independientes de la política industrial de los gobiernos de la década y más bien haber respondido también a intereses fiscales —un peso desvalorizado aumentaba la carga de la deuda pública— o a políticas distributivas del ingreso nacional —la desvalorización del peso perjudicaba directamente a los consumidores urbanos—. Durante la guerra, el abandono de la convertibilidad no

había significado una desvalorización del peso. Por el contrario, la drástica disminución de las importaciones derivó en excedentes comerciales, con el consiguiente ahorro de divisas. El proceso de valorización del peso se invierte a partir de 1920, con la recuperación de las importaciones y la crisis en los precios de los productos de exportación en la inmediata posguerra, lo que llevó a una caída sostenida de los términos del intercambio. Por su parte, la desvalorización del peso que siguió, si bien llegó a preocupar a sectores importadores y al propio gobierno —que decretó un tipo de cambio preferencial para sus obligaciones—, no duró lo suficiente. La nueva recuperación de los precios de las exportaciones inauguró otra etapa favorable para el peso hacia 1925, tan favorable que los sectores exportadores van a presionar al gobierno, como había sucedido en 1899, para un retorno a la convertibilidad. Esto se va a dar, aunque por poco tiempo, en 1927.

Por fin, el aumento del gasto público y del endeudamiento externo difícilmente pueda relacionarse sólo con una estrategia expansionista para sostener la demanda de productos industriales. Antes bien, lo que existió durante el período fue una desordenada administración de los ingresos públicos, que llevó a una permanente tarea de lograr precarios equilibrios fiscales. Luego del desajuste de la guerra, el gobierno de Alvear logra convertir la deuda flotante en deuda de largo plazo a través de nuevos empréstitos de consolidación, que sin embargo hicieron aumentar la deuda pública en un 50% llevando el desequilibrio fiscal en 1927 a un nivel récord. El gasto público crece también en el período, pasando de 422 millones en 1918 a 614 millones en 1922, con una alta proporción destinada a las obras públicas.

En conclusión, no es fácil discernir el efecto que cada una de estas políticas tuvo sobre la industria argentina en el período. Sólo, como ejemplo, la multitud de diferentes aranceles, aforos y derechos de importación a diferentes productos presenta una heterogeneidad tal que resulta difícil establecer un patrón definido. Más aún, es probable que no haya habido tal cosa como un efecto sobre “el sector industrial” sino más bien efectos diferenciales para cada tipo de industria y en diferentes momentos. Más homogéneos, en ese sentido, serían los que provocaron las variaciones en los tipos de cambio, aunque seguramente hayan afectado en forma distinta a industrias fuertemente dependientes de importaciones de aquellas que no lo eran tanto. Lo que parece seguro, sin embargo, es

que no hubo en el período una política deliberada y coherente de promoción industrial.

LA ANTESALA DE LO PEOR: LAS VÍSPERAS DE LA CRISIS DE 1930

Salvo para algunos sectores específicos, como los productores trigueros, los años finales de la década de 1920 fueron muy auspiciosos para la economía argentina. En 1929, la Argentina había llegado a tener reputación mundial como un país con futuro próspero, que estaba llamado a representar un papel cada día más importante en la economía mundial. En ese año, la economía argentina seguía dando signos de una excepcional vitalidad, exhibiendo una tasa anual de crecimiento que había sido, durante los veinte años anteriores, superior a la mayoría de los llamados “países nuevos” (un promedio de 4,8% frente al 2,5% de Australia, por ejemplo). La Argentina seguía siendo el mayor exportador mundial de carne vacuna refrigerada, así como de maíz, lino y avena, y el tercero de trigo y harina, mientras que sus exportaciones per cápita, de \$ 90 anuales en 1928-29, la ubicaban en el undécimo lugar en el mundo. Su sector industrial seguía creciendo de la mano de un auge renovado del consumo (que hacía, entre otras cosas, que hubiera en el país veintiséis habitantes por automotor, lo que implicaba más vehículos per cápita que en Gran Bretaña) y creaba una buena base para la sustitución de importaciones que las décadas posteriores hicieron necesaria. Las reservas de oro, por su parte, alcanzaban en 1928 un nivel saludable que servirían más tarde para afrontar mejor las estrecheces monetarias que impuso la Gran Depresión. Por fin, la tasa de analfabetismo, que siempre había sido baja en el contexto latinoamericano, seguía su rumbo descendente y Buenos Aires se había convertido en uno de los grandes centros culturales del mundo de habla hispana.

Sin embargo, esta prosperidad de la posguerra tenía bases muy endebles. Las lecciones que había dejado el desarreglo de la Primera Guerra Mundial fueron rápidamente olvidadas y el mundo entero se dispuso a seguir creciendo de la manera acostumbrada, como si esa crisis no hubiera sido más que un tropiezo en la marcha normal de la economía mundial. La crisis de la guerra ha-

bía provocado situaciones específicas como el aliento de la producción industrial de la mano de un proteccionismo circunstancial o la necesidad de la intervención estatal para regular las economías en guerra, lo que a su vez generó cierta incipiente reflexión crítica sobre la salud y las proyecciones futuras del sistema. Sin embargo, unas y otra se desvanecieron poco después del fin de la contienda. Hubo entonces un acuerdo tácito, en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, para volver al sistema económico anterior a la guerra, en particular al patrón oro y a las antiguas paridades cambiarias y al libre juego de la oferta y la demanda tanto en el comercio como en los tipos de cambio. Este consenso, sumado al impresionante crecimiento de la economía norteamericana, generó una burbuja de prosperidad en la economía mundial durante los años veinte y una “danza de los millones” en varios países latinoamericanos, provocada por un flujo renovado de capitales extranjeros hacia sus economías. Pero esas inversiones y transferencias de capital, mayoritariamente norteamericanas, si bien generaron crecimiento e importantes desarrollos productivos en esos países, en pocos años demostraron ser una peligrosa arma de doble filo para sus economías.

Para los que lo quisieran ver, la economía mundial exhibía durante los años veinte indicios suficientes de que el sistema todo consistía, en realidad, en una constelación de equilibrios inestables. Por un lado, el reinstaurado patrón oro nunca funcionó como antes de la guerra —en particular, a Gran Bretaña le costó largos años de deflación el tratar de mantener la alta paridad de la preguerra— y surgió una renovada inestabilidad gracias al crecimiento de movimientos de capital de corto plazo, sumamente volátiles. Por otro lado, ayudado por el auge de los créditos norteamericanos, la producción de materias primas y alimentos creció enormemente luego de la guerra, de la mano de una renovación tecnológica —que incluyó, además de la introducción de maquinarias, el uso creciente de fertilizantes, sistemas de riego y nuevos híbridos—, agravando el problema señalado de sobreproducción y caída secular del nivel de precios de los productos primarios, para el largo plazo. Por fin, la dimensión del excedente comercial norteamericano, sumado al mantenimiento de un cerrado proteccionismo, agravaba paulatinamente los problemas de pago de los países periféricos. Si bien esto fue en parte contrarrestado con el auge de inversiones privadas norteamericanas en el exterior, que

migraban por el atractivo de mayores tasas, creaba un acuciante problema para el largo plazo.

No tan largo. Con el alza de las tasas de interés en los Estados Unidos en 1928, para revertir el *boom* especulativo en ese país, la dirección de este flujo de capitales se invierte, llamados ahora por las más atractivas tasas de retorno que prometía ese mercado, a diferencia de las inversiones en el exterior. Las economías latinoamericanas, que necesitaban ese flujo constante de inversiones para balancear sus cuentas externas, comenzaron entonces a registrar graves problemas en su capacidad de pago. En la Argentina, la balanza de pagos se debilita fuertemente y las reservas de metálico disminuyen a 424 millones, el nivel más bajo de la década, lo cual obliga al presidente Yrigoyen a abandonar definitivamente el patrón oro en las vísperas de 1930. Para agravar las cosas, con el desplome de Wall Street de octubre de 1929, los precios de los *commodities* se desplomaron, más aún que el nivel general de precios, con el consiguiente deterioro de los términos del intercambio.

El resultado de esta inusual combinación de situaciones inaugura en el mundo los años de la Gran Depresión que, más allá de toda la dureza de la crisis en sí —y fue particularmente dura para los Estados Unidos y Europa—, debe su fama al hecho de forzar definitivamente un cambio de rumbo en la dirección de la economía mundial. Si la crisis de la Primera Guerra no alcanzó a provocar este cambio de rumbo fue porque los signos de esa crisis no fueron tan profundos y contundentes como los de la del treinta; porque todavía existían posibilidades para seguir creciendo en la forma acostumbrada, sin necesidad de hacer cambios radicales; porque las fuerzas internas en cada país, los agentes necesarios para impulsar dicho cambio, no tenían todavía la fuerza requerida en los años veinte; o quizás —mucho más probablemente— por una combinación de esas y otras razones.

Esta misma especulación ocupó largas páginas de debate en la Argentina. Para algunos autores, el período 1914-29 fue una “gran demora” en el desarrollo económico argentino, en el sentido de que fue una oportunidad desperdiciada por la política económica. ¿Por qué, en efecto, las clases dirigentes no reaccionaron frente a la crisis de la guerra y, en especial, a los signos de debilidad estructurales que mostraba el sistema luego de ella, proponiendo cambios drásticos en la política económica durante los años veinte?

Esta pregunta, para otros, está mal planteada, ya que sólo puede ser producto de un análisis *ex-post*, que traslada al pasado reflexiones o perspectivas que sólo pueden ser adoptadas luego de los hechos. Si de demora se trata, fue ésta una demora históricamente inevitable y las preguntas, en realidad, deberían ser otras: ¿era posible que las autoridades pudieran advertir que se estaba ante el fin de una época? Y si no era así, ¿por qué motivo iban a decidir un cambio de rumbo tan radical, mientras existieran buenas posibilidades para seguir viviendo de la manera acostumbrada? Para que esos cambios de rumbo se produzcan —razonan—, se necesita por lo menos una de dos cosas: una evidencia concreta de que el nuevo rumbo es mucho más prometedor que el actual o, mucho más frecuentemente, evidencias contundentes de la imposibilidad de seguir avanzando de la manera acostumbrada. Y ni una ni otra cosa ocurrían en la década del veinte en la Argentina.

Según se vio aquí, la Primera Guerra Mundial había hecho evidentes ciertos problemas más o menos acuciantes de la economía mundial, que ponían en duda las bases del crecimiento y, sobre todo, habían sembrado en Latinoamérica una importante sombra de duda sobre las bondades indefinidas del sistema. Sin embargo, luego de la depresión de la guerra el crecimiento vuelve vigorosamente, de la mano de la recuperación de las exportaciones y del capital extranjero. Si bien el ritmo del crecimiento había disminuido, el capital —esta vez estadounidense— seguía fluyendo, al igual que los inmigrantes, mientras que tanto el agro como especialmente la industria mostraban una importante tasa de crecimiento. Por otra parte, esta disminución en el ritmo del crecimiento no era privativa de la Argentina, sino que estaba ocurriendo simultáneamente en el resto del mundo —y en especial en ese mundo que seguía viviendo en gran medida bajo la órbita de Gran Bretaña, muy golpeada por la guerra—.

Por fin, dos procesos adicionales se combinaron para hacer invisibles las tendencias de largo plazo. Por un lado, el mantenimiento de altos niveles de flujo de capital hacia Latinoamérica ayudó a sostener la demanda, a estimular *booms* de construcción y a crear la ilusión de una ilimitada oferta de capital. Por otro lado, el comportamiento sumamente volátil de los precios y los nerviosos ciclos alcistas y bajistas del período —el alza durante la guerra y hasta 1921, seguida de una baja pronunciada hasta 1923 y una nueva suba generalizada en 1925, para pasar a un nuevo debilita-

miento en los años siguientes—, sumados a los esfuerzos por mantener artificialmente ciertos mercados —como fue el caso de la valorización brasileña del café—, ocultaron la tendencia declinante de largo plazo en los precios y otra no menos clara en los términos del intercambio.

En otras palabras, lo que se hizo en la Argentina —y, sobre todo, lo que no se hizo— durante los años veinte no fue muy diferente de lo que se estaba haciendo en la mayoría de los países para la misma época, fueran estos países “centrales” o “periféricos”: esencialmente, confiar en la reasignación automática de recursos que preveía el sistema de patrón oro para el caso de crisis sostenidas en las exportaciones. Más allá de eso, la imposición sistemática de políticas proteccionistas vía aranceles a la importación o manipulación del tipo de cambio para promover la industria era impensable en ese entonces, o hubiera implicado una fe —decididamente extemporánea— en los efectos externos de la industria. Más bien, dada la renovada prosperidad de los años 1917-1929, no es extraño que las autoridades no hayan pensado en hacer grandes cambios en la política económica.

Sí es cierto que la guerra dejó como advertencia los riesgos de una excesiva dependencia del capital extranjero, a la vez que ayudó a aceptar más ampliamente la idea de cierta intervención del Estado para regular la economía. En la Argentina, esta toma de conciencia, sumada a la preocupación de sectores militares por retener el control de ciertos recursos estratégicos, ayudó a desatar viejas rivalidades, que venían manifestándose más o menos solapadamente desde hacía más de una década. Y no es casual que durante los últimos años del período —cuando la crisis de todo un sistema se mostraba cada vez con mayor nitidez— se hayan agudizado estos antagonismos, como los que enfrentaron a diversos sectores urbanos y productivos con los monopolios frigoríficos o las reacciones adversas que generó la inversión norteamericana en la industria petrolera. En uno y otro caso, las reacciones se teñían cada vez más fuertemente de un discurso nacionalista que, si todavía no era en nombre de un industrialismo que venía necesariamente asociado a aquél, no faltaba mucho para que lograra articularse en ese sentido. Lo que faltaba era ese conjunto de condiciones —“históricas”, según se las ha llamado aquí—, que sólo se van a dar luego de la profunda crisis que inaugura un nuevo contexto económico, político y social en la Argentina y en el mundo.

Cuadro 1 - PBI total y por sector (1913-1931)
(números índice - valor agregado 1914)

	PBI	Ind.	Agric.	Ganad.	Transp.	Com.	Gob.	Constr.
1913	231,0	266,2	255,6	154,8	354,6	239,9	199,7	379,5
1914	201,0	224,0	223,8	152,8	298,8	200,6	185,2	254,8
1915	216,3	230,2	279,6	167,4	298,4	215,0	163,7	187,4
1916	204,5	240,3	218,5	176,5	304,7	207,1	142,9	115,8
1917	176,6	235,9	99,3	192,5	269,1	178,4	141,7	67,1
1918	223,5	245,4	248,5	212,5	318,0	232,4	107,3	69,8
1919	226,6	266,8	249,6	196,0	346,5	239,3	116,6	75,1
1920	231,7	251,9	294,6	175,1	366,6	248,0	113,3	165,4
1921	239,8	273,4	267,0	196,4	327,9	257,2	148,0	195,3
1922	265,7	293,2	240,1	249,3	353,9	287,5	192,8	264,8
1923	292,5	314,3	263,2	268,7	402,5	321,6	202,1	363,1
1924	318,3	310,1	343,9	283,8	464,4	343,7	210,6	346,0
1925	304,9	342,6	277,4	271,0	453,5	327,0	230,1	327,3
1926	324,7	339,3	364,2	269,1	479,8	343,8	247,7	288,6
1927	350,4	361,0	381,2	270,1	527,8	376,8	352,0	368,6
1928	352,4	367,5	406,6	260,5	536,2	372,8	311,3	428,7
1929	355,8	359,8	422,6	254,4	545,6	372,7	331,7	494,6
1930	326,9	347,7	311,2	263,0	498,7	338,8	362,6	469,1
1931	335,4	334,3	422,0	236,9	504,8	354,3	350,6	286,6

Fuente: Roberto Cortés Conde, *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1997, p. 231.

Cuadro 2 - Sector externo (1913-1931)

	Exportaciones			Importaciones			Términos del intercambio
	Vol. físico (1)	Precio (2)	Valor (3)	Vol. físico (1)	Precio (2)	Valor (3)	
1913	136,1	73,2	500,0	119,8	61,6	477,0	118,8
1914	102,2	75,3	389,0	77,3	62,1	377,0	121,3
1915	128,5	85,4	528,0	64,5	69,4	254,0	123,0
1916	112,0	93,6	488,0	61,8	87,9	351,0	106,6
1917	80,3	131,8	608,0	52,4	111,6	356,0	118,1
1918	117,4	136,6	773,0	47,1	165,7	485,0	82,4
1919	137,1	140,2	889,0	65,3	153,1	591,0	91,6
1920	133,2	114,8	1044,0	85,6	150,6	752,0	76,2
1921	123,3	75,4	504,0	79,8	105,0	544,0	71,8
1922	151,7	68,7	570,0	88,4	98,6	616,0	69,6
1923	159,0	73,6	600,0	109,0	96,3	662,0	76,4
1924	195,5	76,9	720,0	108,1	92,3	663,0	83,2
1925	151,9	97,6	844,0	121,0	102,3	776,0	95,4
1926	180,0	81,0	739,0	126,1	92,8	636,0	87,2
1927	227,7	81,5	984,0	133,7	95,3	706,0	85,6
1928	209,4	95,6	1030,0	153,6	81,0	807,0	118,1
1929	205,4	85,1	918,0	159,9	79,2	819,0	107,4
1930	148,2	70,0	516,0	136,9	67,3	614,0	104,0
1931	204,5	42,2	427,0	95,9	54,3	340,0	77,8

(1) Números índice (1910=100)

(2) Índice en dólares (1960=100)

(3) Millones de dólares corrientes

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Adolfo Vázquez-Presedo, *Estadísticas históricas argentinas II (comparadas). Segunda parte 1914-1939*. Buenos Aires, Macchi, 1976, p. 183. Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires, Ariel, 1998.

BIBLIOGRAFÍA

- Bulmer Thomas, Victor. *La historia económica de América Latina desde la Independencia*. México, FCE, 1998.
- Cortés Conde, Roberto. *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1997.
- Di Tella, Guido y Zymelman, Miguel. *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires, Eudeba, 1967.
- Díaz Alejandro, Carlos. *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- Ferrer, Aldo. *La economía argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Flichman, Guillermo. *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.
- Fodor, Jorge y O'Connell, Arturo. "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX". *Desarrollo Económico*, vol. 13, N° 49, Buenos Aires, abril-junio, 1973.
- Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas. *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires, Ariel, 1998.
- Giberti, Horacio. *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires, Solar-Hachette, 1981.
- Girbal de Blacha, Noemí M. *Estado, chacareros y terratenientes (1916-1930)*. Buenos Aires, CEAL, 1988.
- Halperin Donghi, Tulio. "Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)". *Desarrollo Económico*, vol. 24, N° 95, Buenos Aires, octubre-diciembre, 1984.
- Jorge, Eduardo. *Industria y concentración económica. Desde principios de siglo hasta el peronismo*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Ortiz, Ricardo M. *Historia económica de la Argentina*. Buenos Aires, Raigal, 1955.
- Palacio, Juan Manuel R. "Notas para el estudio de la estructura productiva en la Región Pampeana. Buenos Aires 1914-1937". *Ruralia*, N° 3, Buenos Aires, 1992.

Pucciarelli, Alfredo. *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Sabato, Jorge Federico. *La clase dominante en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, CISEA/GEL, 1987.

Smith, Peter. *Carne y política en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 1983.

Vázquez-Presedo, Adolfo. *Estadísticas históricas argentinas II (comparadas). Segunda parte 1914-1939*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1976.

Villanueva, Javier. "El origen de la industrialización argentina". *Desarrollo Económico*, vol. 12, Nº 47, Buenos Aires, octubre-diciembre, 1972.

